



Tarcus, Horacio

Entre Lucifer y Prometeo : primera recepción de Marx en la prensa argentina (La Nación, 1871-1872, 1883).



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Tarcus, H. (2002). *Entre Lucifer y Prometeo: primera recepción de Marx en la prensa argentina (La Nación, 1871-1872, 1883)*. *Prismas*, 6(6), 153-165. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2808>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Entre Lucifer y Prometeo

Primera recepción de Marx en la prensa argentina (La Nación, 1871-1872, 1883)

Horacio Tarcus

UBA / UNLP / CeDInCI

El diario *La Nación* del 18 de mayo de 1871 informa que el 13 de abril había muerto en París Pierre Leroux, el socialista saint-simoniano que tan grande influjo había ejercido sobre la generación argentina de 1837. En la misma página se transcribía una larga carta del antiguo “cuarentaiochista” Luis Blanc, en la que hablaba de un “París sublevado” y presentaba de modo crítico las primeras medidas tomadas por el gobierno de la *Commune*, nacido de la rebelión del pueblo de París pocos días después. La muerte de Leroux parecía cerrar definitivamente un ciclo, el de sintonía de la élite liberal argentina con el socialismo romántico europeo. La irrupción de la Comuna abrirá uno nuevo, dentro del cual el “socialismo” perderá su identificación con la perspectiva del “progreso indefinido” que se alcanzaría promoviendo una creciente “sociabilidad”: a partir de 1871, el socialismo comienza a aparecer a los ojos de la élite vinculado y por momentos confundido con el “comunismo”, una ideología que amenazaba los derechos sagrados de la libertad, la propiedad y la seguridad, y que ponía en riesgo a la misma civilización.¹

¹ Sobre Leroux y el socialismo romántico en la generación del '37 hay una profusa bibliografía. Véase particularmente Treves, Renato, “Il sansimonismo e il pensiero italiano in Argentina e in Uruguay”, en *La dottrina san-*

Es en este clima de redefinición del concepto de “socialismo” y de alarma de las clases dominantes ante el riesgo de una irrupción revolucionaria de la clase trabajadora, que el nombre de Marx escapa de los pequeños cenáculos obreros y socialistas para alcanzar un lugar destacado dentro de la opinión pública internacional. En efecto, durante la década de 1870, tanto en Europa como en América, el nombre de Marx adquiere una significativa difusión periodística, ligado al destino de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Si bien esta organización había sido fundada en Londres en 1864, van a ser los acontecimientos de la Comuna de París los que concitarán la atención de la opinión pública mundial sobre el programa, la modalidad de organización y de acción de la Internacional. A su vez, Marx aparecerá inmediatamente en las páginas de la prensa mundial, en su carácter de líder político e inspirador teórico de la Internacional.²

simoniana nel pensiero italiano del Risorgimento, Turín, Giappichelli, 1973. Para las metaformosis del concepto “socialismo” véase R. Williams, *Palabras clave*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000.

² Según Haupt, “La Comuna de París tuvo notable importancia en la notoriedad europea alcanzada por Marx. La prensa lo señala como el jefe de la omnipotente Internacional, y a través de la identificación de la AIT con la insurrección parisina, el ‘partido de Marx’ y Marx

Un recorrido por el recientemente fundado diario *La Nación* a lo largo de 1871 y comienzos de 1872 nos mostrará cómo se va desplazando la atención de los medios de prensa: entre mayo y junio el foco de interés es la Comuna; a partir de junio, cuando llegan a Buenos Aires las noticias de su derrota, todas las miradas se dirigen a la asociación supuestamente responsable de la experiencia comuna: la Internacional; y a partir de agosto, comienzan a dirigirse las miradas sobre el presunto jefe de la Internacional: “el prusiano Karl Marx”, una suerte de Lucifer de la modernidad.

1. La Comuna de París

La Comuna fue, al decir de Hobsbawm, “un régimen acosado, hijo de la guerra y del sitio de París”. Para 1870 el avance de los prusianos había destrozado el régimen de Napoleón III. Los republicanos moderados que lo sucedieron no tardaron en comprender que la única resistencia posible era “una movilización revolucionaria de las masas, una nueva república, jacobina y social”. En París, “asediada y abandonada por su gobierno y su burguesía”, el poder recayó sobre los alcaldes de distritos y sobre la Guardia Nacional; en la práctica, observa Hobsbawm, “cayó en manos de los ambientes populares y de la clase obrera”. El intento del gobierno de Thiers de desarmar la Guardia Nacional luego de la capitulación frente a los prusianos provocó la revolución del 18 de marzo de 1871, a partir

adquirieron una fama que contribuyó notablemente a suscitar interés por su obra en amplios sectores de la opinión pública”. Véase G. Haupt, “Marx y el marxismo”, en Hobsbawm y otros, *Historia del marxismo*, Madrid, Bruguera, 1980, v. 2, p. 215. Para la difusión del marxismo en este período, véase también E. Hobsbawm, “La cultura europea y el marxismo entre los siglos XIX y XX”, en Hobsbawm, *Historia del marxismo*, cit., vol. 3.

de la cual la Comuna de París adoptó una organización municipal independiente.³

La insurrección de los obreros de París que el 18 de marzo de 1871 tomaron –según la vigorosa metáfora de Marx– “el cielo por asalto”, tuvo en vilo durante más de dos meses a la prensa mundial. “El pánico y la histeria rodearon su vida y su muerte, sobre todo en la prensa internacional, que la acusó de establecer el comunismo, expropiar a los ricos y compartir sus esposas, aterrorizar, matar en masa, provocar el caos, la anarquía y todo lo que constituirían pesadillas para las clases respetables; y todo, no es preciso decirlo, lo maquinaba la Internacional” (Hobsbawm, cit., pp. 248-249).

La prensa argentina no fue ajena a la fiebre informativa, el pánico y la histeria, cubriendo casi diariamente el acontecimiento en primera plana. La actitud hostil de la prensa no impedía que se transcribieran las proclamas de la Comuna, se comunicasen las declaraciones de la Internacional y se brindase una precisa información política e intelectual sobre Marx. El lector argentino contemporáneo estaba pues, desde 1871, al corriente del nombre y de los principales títulos del autor de *El Capital*.

Las noticias se reciben en Buenos Aires con un mes de atraso. A fines de marzo de 1871, las primeras referencias en la prensa argentina a los “tumultos en París” son todavía confusas (*LN*, 31-III-1871, p. 2). La edición del 11 de abril habla de “revolución en París” y la del día 25 de ese mes hace referencia a “elecciones de una Comuna”. En mayo se habla claramente de “guerra civil” y se ha instalado en la prensa el término *Commune*, luego castellanizado como Comuna, para designar este novísimo fenómeno de una ciudad que, controlada por sus trabajadores, se erige en autónoma frente a los poderes del Estado nacional (*LN*, 11-V-1871, p. 2).

³ E. J. Hobsbawm, *La era del capitalismo*, Barcelona, Guadarrama, 1981, p. 250

De un lado Versalles, las fuerzas del derecho y del orden; del otro París, las fuerzas de la revolución comunista. Es a partir de aquí, cuando las dos fuerzas que se enfrentan en la guerra civil aparecen en su manifiesto contraste, que se exaltará la imaginación política de los corresponsales argentinos. Veremos, pues, cómo casi al mismo tiempo que los marxistas, estos liberales argentinos –claro que con otra disposición– teorizan sobre el proletariado moderno, la “revolución obrera”, las situaciones de “doble poder”...

Para *La Nación* de aquellos días,⁴ la Comuna parisina no era sino un acto de insensatez política, producto de masas enardecidas libradas a su propia suerte, en un marco de debilidad de las instituciones y de ausencia de liderazgos políticos tras la derrota francesa ante Prusia. Pero al mismo tiempo era la ocasión para alertar sobre los riesgos de las políticas conservadoras frente a lo que ya comienza a llamarse la “cuestión social”, y una invitación a resolverla a tiempo, antes de que sea tarde... también en América.

En ese sentido, son por demás elocuentes las corresponsalías que desde Bruselas envía a su antiguo general y ahora director del diario *La Nación* el médico y poeta Ricardo Gutiérrez (1836-1896). Entonces está becado en Europa, estudiando en las clínicas más avanzadas; cuatro años después (1875) será fundador y director del Hospital de Niños. Gutiérrez sabe de lo que escribe, pues había prestado sus servicios médicos en Pavón, Cepeda y en la Guerra del Paraguay. También sabe lo que dice cuando habla de elecciones amañadas, aunque es por lo menos una paradoja histórica que este hombre de la facción

mitrista condene el proceso electoral en la Comuna del 26 de marzo, donde habrían triunfado “canónicamente” los candidatos del Comité provisional, sancionando un “gobierno de los obreros”. Escribe Gutiérrez: “Aparte de la tremenda insensatez que domina en las masas del pueblo parisiense –multitud heterogénea de voluntades, aspiraciones, creencias y necesidades inarmónicas... que hoy levantan a Napoleón, mañana lo hunden, votan una Asamblea, la condenan y levantan un Comité...; aparte de esas fuerzas desordenadas e indomables del momento, que debían poner su sello de ridículo y de desquicio a esa elección... Además, y aun cuando oficialmente la elección fue convenida y decretada por los dos poderes –la Asamblea y el Comité–, la prensa parcial a la autoridad legal, no encontrando en tales procederres la garantía de una libertad completa, aconsejó una abstención que dio por resultado el completo triunfo del Comité, y París al otro día vio constituida su Comuna por los mismos jefes de la insurrección”.⁵

Los hombres de la élite ilustrada porteña descubren súbitamente otro París, un París sumergido, el París del proletariado. Se enfrentan, estupefactos, a la paradoja de la élite francesa: en enero Thiers, Dufaure y Simon, en nombre de las academias francesas, habían protestado enérgicamente contra el bombardeo de París. En el mes de mayo, son ellos mismos, devenidos hombres de Estado, los que bombardean a la que cuatro meses atrás llamaron “la capital de la civilización

⁴ *La Nación* había sido fundada por Bartolomé Mitre apenas un año atrás, aspirando a exceder los intereses de la fracción mitrista y convertirse, según el editorial de su primer número, en “tribuna de doctrina” para toda la nación. Véase Ricardo Sidicaro, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.

⁵ “Correspondencias familiares de *La Nación*”, en *LN*, 25-V-1871. La corresponsalía esta fechada en Bruselas, el 9-IV-1871, y publicada, como todas las precedentes y las siguientes, sin firma. Una breve referencia del corresponsal a sus antiguos servicios al general Mitre y a su actual condición de médico en una de sus notas (*LN*, 6-VI-1871, p. 1) nos permitió inferir que se trataría de Gutiérrez. Sus datos biográficos nos confirmaron que residió en Bruselas el año 1871 y que, efectivamente, enviaba desde allí sus corresponsalías a *La Nación*.

moderna” (LN, 11-VI-1871, p. 1). Visiblemente desengañado, Gutiérrez relata hasta qué punto, “en un pueblo como París [...] la ilustración no existe fuera de las clases científicas y literarias que han hecho una profesión de ella”. Véase, si no, la condición social de los hombres elegidos por París: carpinteros, lustradores, sombrereros, zapateros... Los ciudadanos electos no son, según el corresponsal de *La Nación*, “sino una turba de ignorantes feroces. Ignorantes, porque no tienen la más leve idea no ya de las instituciones republicanas, sino del derecho común; y feroces porque pretenden establecer los principios de la igualdad y la justicia a impulsos de la guillotina y la lapidación”.

No había concluido la experiencia de la Comuna cuando Gutiérrez propone que sirva de “elocuente lección” a los gobernantes: “¿Todo esto se necesita para que los gobiernos y los hombres conservadores de los pueblos de origen latino miren el insondable abismo que han abierto a sus pies el egoísmo de unos, el indiferentismo de otros y el olvido de sus deberes en casi todos? ¿Esperan acaso esas clases sacudir su letargo cuando el aspecto animado del reinado del terror les indique el camino del cadalso o cuando llame a su puerta la mano famélica y codiciosa para empezar esa operación interminable de la nivelación de la fortuna? Ante un peligro tan positivo e inminente que depende quizás tan sólo de un acto de debilidad del gobierno de Francia, vale la pena de que se pongan sobre sí y de que se entiendan todas las personas amenazadas” (LN, 31-V-1871, p. 1).

2. La Internacional

Pero, ¿hasta dónde podía un hombre de la élite liberal ilustrada avanzar en esta descalificación del “populacho”? Las denuncias del gobierno de Versalles contra la acción subversiva de la Internacional ofrecían una vía más apro-

piada para dar cuenta de este “extravío” de las masas. Es así que en otra “corresponsalía familiar”, fechada el 19 de abril (LN, 25-V-1871, p. 2), Gutiérrez corresponsabiliza, junto a “la imbecilidad de las masas”, al “maquiavelismo de la *Internacional*”. La imagen espectral de la Internacional aparece desde entonces constantemente en las páginas de la prensa a lo largo de todo el año. Gutiérrez adhiere rápidamente a la visión conspirativa: “La Internacional es una asociación formidable: ella ha hecho lo que sucede hoy en París”.⁶

Pero será con la derrota de la Comuna, la última semana de mayo, que la atención de la prensa se centrará en la Internacional. Poco antes del ingreso definitivo del ejército de Versalles en París, otro corresponsal de *La Nación*, que firma “D.” desde esa ciudad, dice estar “seguro de satisfacer la legítima curiosidad de los lectores dándoles algunos detalles sobre la organización de la sociedad *Internacional*, esa sociedad que acaba de suscitar en París la terrible insurrección... Los caracteres más culminantes de estos esfuerzos me parecen ser los siguientes: El primero es el carácter revolucionario, esto es, el romper de una manera completa con todo lo que se refiere a lo pasado. La asociación *Internacional* proclama que hasta nuestra época no ha habido más que miseria, baldón y esclavitud para toda la parte de la sociedad que pretende representar. El ‘viejo mundo gubernamental y clerical, el militarismo, el funcionarismo, la explotación, el agiotaje, los monopolios y los privilegios a los cuales debe el proletariado su servidumbre’, todo esto ha acabado para siempre: *novus rerum nascitur ordo*.

”El segundo carácter es el menosprecio profundo a la idea de patria. ‘La idea de patria, dicen los doctores de la *Internacional*, es una vetusta idea, muy difundida y muy tenaz

⁶ “Noticias de Europa. París bajo el terror. Corresponsalía particular de *La Nación*”, fechada en Bruselas, 27 de abril de 1871, en LN, 6-VI-1871, p. 1.

aún, pero que representa un pasado irrevocablemente destruido, y no puede ser admitida en el día'. Se ha dado a la asociación el título *Internacional*, no tan sólo para consignar que tiene adherentes en diversas naciones, sino para protestar contra la antigua idea patriótica que rechazan los adherentes.

"El tercer carácter es el ser una asociación social más bien que una asociación política. La sociedad *Internacional* ha declarado repetidas veces que se cuidaba muy poco de las cuestiones políticas, y que se ocupaba exclusivamente de la solución de los problemas del orden social. Puede decirse de una manera general que el programa de la *Internacional* se ha observado siempre sobre este punto. Sin embargo, ha habido algunas excepciones, y la insurrección de París, por ejemplo, en la que tanta parte toma la *Internacional*, es un movimiento político al mismo tiempo que social. La Municipalidad [la Comuna] afirma en la declaración oficial del 20 de abril que la 'República es la única forma de gobierno compatible con los derechos del pueblo y el desenvolvimiento regular y libre de la sociedad'".⁷

Al mes siguiente, cuando el "terror blanco" domina París, persiste con todo la presencia fantasmagórica de la *Internacional*. "Su programa —señala un corresponsal—, publicado hoy mismo en todas partes, aun en París, donde no se puede descubrir la conspiración que fija los carteles en las calles, se reduce a estos cuatro principios: abolición de todo culto; exterminio de todo mandatario; abolición del capital; advenimiento de los obreros al gobierno de la sociedad humana. Su primera batalla ha sido el incendio de París. Su segundo combate será acaso la ruina de la Europa entera".⁸ Un mes después, *La Nación* transcribe un artículo del *Paris Jour-*

nal, sobre la organización clandestina del socorro en París: "la audacia de los miembros de la *Internacional* pasa todos los límites".⁹

La *Internacional*, por su parte, ha sufrido un golpe muy duro con la derrota de la Comuna. Buena parte de la prensa liberal europea que informaba con simpatía de la vida de la *Internacional*, se vuelve hostil tras la experiencia comunera, mientras los gobiernos —Francia, España, Alemania— buscan coaligarse en una suerte de Anti-*Internacional*. Para peor, en el interior de la AIT la fractura entre "marxistas" y "bakuninistas" se ha abismado, y los líderes de los poderosos sindicatos ingleses abandonan el Consejo General como consecuencia de la alocución de Marx en solidaridad con la Comuna.¹⁰ No obstante esto, la *Internacional* goza en 1871 de una imagen pública que tiende a magnificar fantásticamente su alcance mundial, su número de adeptos y su poder. En diciembre, *La Nación* informa que la *Internacional* edita 28 periódicos en Europa, uno en Nueva York, y se prepara para publicar, a partir del 5 de enero de 1872, "simultáneamente en Washington, Nueva York, Berlín, San Petersburgo, Londres, Munich, Bruselas, La Haya, París, Madrid, Florencia, Roma y Lisboa el primer número de un periódico cosmopolita que se titulará *La Internacional*".¹¹ Las informaciones sobre la historia de la *Internacional*, su mítica fundación en Saint Martin Hall, sus sucesivos congresos, sus declaraciones, comienzan estos meses a reiterarse.¹²

⁹ "Sigue la *Internacional*", en *LN*, 25-VIII-1871, p. 2.

¹⁰ Para este período, véase el interesante estudio de Miklós Molnár, *El declive de la Primera Internacional*, Barcelona, Edicusa/Cuadernos para el Diálogo, 1974.

¹¹ "La *Internacional* en Londres" y "El periódico de la *Internacional*", en *LN*, 8-XII-1871, p. 2.

¹² Véase, por ejemplo, "El reinado de la *Internacional*", en *LN*, 12-XII-1871: "El gran desarrollo que va tomando esta sociedad, el alarde que hace de sus fuerzas y las manifestaciones públicas a las que se entrega en todos los países de Europa y en algunos de América, los numerosos afiliados a ella, merecen bien la pena de que se

⁷ "La *Internacional*", en *LN*, 29-VI-1871, p. 2.

⁸ "Europa. Correspondencia familiar de París para la Nación. París, Junio 29 de 1871", en *LN*, 30-VII-1871.

En los diarios argentinos de septiembre, la Internacional vuelve a ocupar la primera plana, cuando comienzan en Versalles las audiencias de los líderes de la Comuna ante el Consejo de Guerra.¹³ La prensa mundial cree ver la mano de la Internacional detrás de cada acontecimiento: sea en el movimiento huelguístico inglés,¹⁴ o en el “primer *meeting* de obreros” en Suiza, “los trabajos de la Internacional se hacen sentir en todos los países”.¹⁵

Finalmente, los diarios argentinos de noviembre y diciembre de 1871 siguieron ocupándose abundantemente del tema, a partir del intenso y prolongado debate desatado en las Cortes españolas cuando el gobierno volvió a la carga con el tema de la ilegitimidad jurídica de la Internacional, paso previo a la disolución de los sindicatos y las secciones.¹⁶ La prensa local cubrió ampliamente el debate, durante semanas, a través de corresponsales en Madrid o incluso transcribiendo los discursos en contra de la medida, por parte del diputado federalista Francisco Pi y Margall, del demócrata krausista Nicolás Salmerón y del republicano liberal Emilio Castelar.¹⁷ A me-

fije por un momento la atención, así en los fines de la primitiva institución como en las consecuencias que pueden arrastrar sus tendencias y doctrinas”. Y repite a continuación la información sobre su historia, forma organizativa, programa, etcétera.

¹³ “Proceso a los jefes de la Commune. Diez y ocho reos”, en *LN*, 7-IX-1871; “Noticias de París. El proceso de la Comuna. Correspondencia de La Nación. París, agosto 23 de 1871”, en *LN*, 24-IX-1871; “Noticias de Europa. Correspondencia familiar de La Nación. París, setiembre 1° de 1871”, en *LN*, 11-XI-1871.

¹⁴ “Noticias generales. Manejo de la *Internacional* en Inglaterra”, en *LN*, 5-X-1871, p. 1.

¹⁵ “Noticias generales. Crónica europea”, en *LN*, 6-X-1871, p. 1.

¹⁶ Véase Josep Termes, *Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional (1864-1881)*, Barcelona, Ariel, 1972, especialmente el parágrafo “La *Commune* y sus repercusiones en España”.

¹⁷ “Discurso pronunciado por el D. Emilio Castelar en las Cortes españolas acerca de la Internacional”, en *LN*, 22-XI-1871, pp. 1-2; “España. La Internacional. Importantisima discusión en el Congreso español”, en *LN*, 24-XI-1871, p. 1; “Noticias de Europa. España”, en *LN*, 26-XI-1871, p. 1; “España”, en *LN*, 8-XII-1871, p. 1.

diados de diciembre, un corresponsal de *La Nación* en Madrid que se escondía tras las siglas F. P. M. ensaya una defensa de la AIT frente a las acusaciones de los conservadores: “Se ha presentado a la Internacional por los oradores del Gobierno como un peligro para la seguridad del estado y como una sociedad inmoral, cómplice de los incendios y asesinatos de París que ocurrieron en mayo. Mas no han podido probar que sea obra de la Internacional aquella sangrienta revolución, ni que los internacionales hayan apelado en ninguna parte a la conspiración ni a la sociedad secreta”.

El corresponsal ironiza sobre la alarma del gobierno ante la acción de la Internacional en España: “¿Por qué por otra parte se ha de temer aquí a la Internacional más que en otras naciones, cuando aquí es menos terrible? Exceptuando las provincias catalanas y alguna que otra de las del Norte y Mediodía, ¿dónde tenemos aquí esas grandes ciudades industriales donde se cuentan por miles los obreros y haya llegado la división del trabajo a sus últimas consecuencias? ¿Qué ejército puede aquí cantar La Internacional, cuando vivimos principalmente de la agricultura y tenemos diseminada la población por los campos?”.

En verdad, para los conservadores “la cuestión de la Internacional no ha sido más que un pretexto para volver a poner en tela de juicio el absolutismo de los derechos individuales”. Pero el balance del debate había sido positivo, porque había tomado estado público la “cuestión social”: “Las clases medias, llenas de egoísmo, no querían ni pensar en los problemas sociales que se alzaban a sus ojos, hoy han comprendido que esos problemas son para todos un gran peligro si se sigue mirando con desdén a las clases inferiores”.¹⁸ Las iniciales F. P. M. corresponden, sin duda, a Francisco Pi y Margall, futuro presidente de la Primera República Española.

¹⁸ “España”, en *LN*, 15-XII-1871, p. 1, corresponsalía firmada en Madrid, noviembre 9 de 1871.

Otro corresponsal de *La Nación*, en vísperas de la reunión de la Asamblea Nacional en Versalles, relataba el debate que se había abierto en Francia sobre las formas político-constitucionales que adoptará la república. Se agita “la cuestión del trabajo..., la tan trabajosa y vidriosa cuestión social!... que tanto dará que hacer a la Francia y al mundo entero”. Y refiere, a continuación, las resoluciones de la Conferencia de Londres de la Internacional, para concluir con esta reflexión: “El proletariado se organiza en Europa como una fuerza formidable. En pueblos donde el sufragio universal será muy pronto la ley común, como lo es ya en algunos de ellos, y la base de todo derecho público y de toda legislación, esta organización del proletario ha de tener forzosamente una trascendencia cuya extensión no puede ocultarse a la vista menos perspicaz. El hecho en sí, lejos de ser un mal sería un bien si esa fuerza colosal, en vez de constituirse en una amenaza y un peligro para todas las demás fuerzas vitales de la sociedad, en vez de renegar del pasado, sin mirar sino al porvenir, y no a un porvenir negro y siniestro, en vez de destruir con el fuego y el hierro las grandes conquistas de la civilización, del progreso de tantos siglos, obedeciera ella al impulso y dirección de un poder moral y tutelar, que urge ya sobre manera el verle surgir del seno mismo de estas tan combativas y atribuladas naciones... si ha de salvar de la gran catástrofe la transición social, de la evolución histórica que estamos atravesando”.¹⁹

3. “El prusiano Karl Marx”

La primera referencia a Marx en la prensa argentina aparece el 10 de agosto de 1871. Un corresponsal anónimo informa desde París a *La Nación* que entre los papeles de Raoul Ri-

gault, uno de los líderes de la Comuna fusilado el 24 de mayo, se había encontrado una carta de Marx, el inspirador del “Consejo Supremo” (sic) de la Internacional. “Karl Marx, que gobierna tres millones de obreros, es un verdadero y completo Lucifer, una criatura bellísima dotada de una inteligencia suprema que ha consagrado a la ruina de la humanidad. He aquí la carta de este hombre extraordinario”. Y transcribe a continuación varios párrafos de la presunta carta de Marx, donde puede leerse, entre otros tramos:

[...] la Comuna de París sitiada por Thiers y Julio Favre está fatalmente condenada a sucumbir si un movimiento irresistible de la provincia no vuela a ampararlo, sobre todo moralmente... Deténgase en este camino fatal para nuestra causa, que es la causa de la humanidad. Trate con Versalles. El momento no ha llegado aún, y los movimientos prematuros no han sido jamás sino abortos desastrosos... Depongan las armas. Todavía no somos más que tres millones. En veinte años seremos cincuenta, cien millones acaso, y entonces el mundo nos pertenecerá, porque no serán sólo París, Lyon y Marsella los que se levantarán contra el capital odioso, sino también Berlín, Munich, Dresde, Viena, Londres, Liverpool, Manchester, Bruselas, San Petersburgo, Nueva York y el mundo entero. Y ante esta insurrección universal que no ha visto la historia, el pasado desaparecerá como una horrible pesadilla, porque el incendio popular, encendido sobre cien puntos a la vez, como una inmensa aurora, disipará hasta su recuerdo.²⁰

Para la prensa mundial, así como para el corresponsal argentino, la carta era la prueba flagrante de que la Comuna había sido obra de la Internacional, y que ésta, su vez, estaba

¹⁹ J. S. Flores, “Revista de Europa”, *LN*, 21-XII-1871, p. 1.

²⁰ “Noticias de París. Correspondencia para La Nación. París, julio 7 de 1871”, en *LN*, 10-VIII-1871, p. 2, sin firma.

manejada por este moderno Lucifer. “Esta página tremenda —concluye el corresponsal— viene a iluminar con un fulgor de incendio la historia y el origen de la fatal Comuna de París. Ella no era más que la guardia avanzada de una conspiración fanática que ha resuelto el exterminio de la sociedad actual” (*ibid.*).

La autenticidad de esta carta es un problema complejo. El propio Marx se quejaba entonces ante la prensa de la época y en su correspondencia privada de la publicación de cartas apócrifas en la *petit presse* francesa.²¹ Según sus biógrafos más autorizados, las numerosas cartas de Marx a los comuneros se ha perdido casi en su totalidad, y entre las pocas piezas rescatadas, ninguno de ellos recoge la carta a Rigault.²² No obstante, y a pesar de que algunos giros delatan una intervención sobre el texto, los consejos de Marx a Rigault tienen el mismo tenor que los dirigidos por Marx a otros comuneros en las pocas cartas que se conservaron. Y el estilo, en lo fundamental, es revelador de la prosa marxiana.

Por otra parte, si se lee la carta con atención, es demostrativa de la tesis opuesta a la sustentada por la prensa francesa y el corresponsal argentino: Marx, desde un lugar de relativa exterioridad en relación con la experiencia comunera, aconseja prudencia. La Comuna había sido el producto de la acción espontánea

del proletariado de París. Es cierto que de los noventa y dos *communards* elegidos por sufragio popular el 28 de marzo, diecisiete eran miembros de la Internacional. Pero “Marx no podía contar entre sus allegados y correligionarios ni a la mayoría blanquista de la Comuna, ni tampoco a la minoría, que aun perteneciendo a la Internacional, abrazaba y practicaba fundamentalmente las ideas de Proudhon” (Mehring, *op. cit.*, p. 328). La Internacional, por su parte, como confesaba Engels en carta a Sorge, “no ha movido ni el dedo meñique para constituir la Comuna”. Aunque añadía, asumiendo globalmente la responsabilidad política de la experiencia, que la Comuna “era, indiscutiblemente, el hijo espiritual de la Internacional”.²³

Es sabido que Marx asumió la defensa pública de la Comuna y tras su derrota le tributó un histórico homenaje al pronunciar el célebre informe en el Consejo General de la Internacional, “La guerra civil en Francia”. Pero son conocidas también las prevenciones de Marx ante muchas de las medidas de la Comuna, y una de las principales era el aislamiento de París respecto del interior, tal como aparece en la carta a Rigault. En una carta a otros dos comuneros aparece una alerta semejante.²⁴ La recomendación de “deponer las armas”, tal como está formulada en la carta a Rigault, parece poco convincente en la pluma de Marx. Pero según Nicolaïevski y Maenchen-Helfen, desde el inicio mismo de la insurrección parisina Marx entendía que se “había emprendido un camino que le quitaba toda posibilidad de éxito. Marx ponía todas sus esperanzas en un compromiso, en una paz vene-

²¹ Un periódico francés había publicado el 19 de marzo de 1871 una presunta carta de Marx, que éste se apresuró a desmentir en una carta al *Times* como una “falsificación desvergonzada”. Véase Franz Mehring, *Carlos Marx. El fundador del socialismo científico*, Buenos Aires, Claridad, 1958, p. 328. “Lo que me consuela son los disparates que publica a diario la *Petit Presse* sobre mis escritos y mis relaciones con la Comuna; me los envían diariamente desde París. Esto demuestra que la policía de Versalles tiene grandes dificultades para conseguir documentos auténticos”, Carta de Marx a Beesly, Londres, 12-VI-1871, en Marx/Engels, *Correspondencia*, Buenos Aires, Cartago, 1972, p. 267.

²² Véase Franz Mehring, *op. cit.*; B. Nicolaïevski/O. Maenchen-Helfen, *La vida de Carlos Marx*, Madrid, Ayuso, 1973; Jean Bruhat, *Marx/Engels. Biografía crítica*, Barcelona, Martínez Roca, 1975.

²³ Citado por B. Nicolaïevski/O. Maenchen-Helfen, *op. cit.*, pp. 392-393. Para la carta de Engels a Sorge del 12 (y 17)-IX-1874, véase Marx/Engels, *Correspondencia*, cit., pp. 280-281.

²⁴ “En provincias empieza la efervescencia. Desgraciadamente, la acción ahí es sólo local y ‘pacífica’”. Carta de Marx a Leo Frankel y Louis-Eugene Varlin, 13 de mayo de 1871, en Marx/Engels, *Correspondencia*, cit., p. 265.

rable entre París y Versalles. Pero tal arreglo no podía alcanzarse, a menos que la Comuna obligase al enemigo a un arreglo... Marx pensaba que el gobierno aceptaría un compromiso, únicamente si el combate –militar, económico, moral– se lanzaba contra Versalles con una extraordinaria energía” (*op. cit.*, pp. 394-395). Es plausible, pues, que Marx intentase persuadir a Rigault, un joven militante blanquista, de la conveniencia de encontrar un compromiso honroso que evitase una derrota sangrienta: París debía saber esperar que la revolución, como en 1848, se extendiese como un incendio, por las principales capitales, ya no de Europa, sino del mundo entero.

En enero de 1872 se publica en la prensa argentina el primer perfil biográfico de Marx. La nota aparece justificada con la siguiente introducción: “Se ha hablado mucho últimamente, sin conocer su vida, del fundador de la Internacional, el prusiano Karl Marx”.

La información biográfica es aquí completa y fehaciente. Y si bien se hace referencia a su formación universitaria, el acento del relato está puesto en el Marx periodista revolucionario de la juventud, en el expatriado, en el organizador de la Internacional. El “economista social”, el autor de *El Capital* está en un segundo plano: las “ocupaciones de revolucionario” están por encima de las ocupaciones del científico.²⁵ Es por demás significativa la

referencia a las dificultades de Marx por dar cima a su *opera magna*: “Karl Marx lleva una existencia muy activa. Él es quien corresponde con los delegados de la Internacional, inspira al comité, compone los manifiestos y negocia con las sociedades de trabajadores para obtener su afiliación a la gran sociedad. Ha publicado el primer volumen de una obra titulada *El Capital. Crítica de la economía política*, obra que sus ocupaciones de revolucionario no le permiten terminar, indudablemente”.²⁶

4. El Prometeo de los humildes

Diez años después la imagen se ha transformado. Con el reflujo de la Internacional a partir de 1872, y el repliegue de Marx a su labor silenciosa de investigación, apenas volvió la prensa a ocuparse del moderno Lucifer en los diez años siguientes.²⁷ A partir de entonces, la difusión del programa de la Internacional y de algunos textos de Marx estará a cargo de la sección argentina de la Asociación Internacional de los Trabajadores, que acaba de constituirse, sobre la base de los *communards* exiliados en Buenos Aires. En efecto, una carta fechada en Buenos Aires el 10 de febrero de 1872 comunica al Consejo General que un grupo de ciudadanos franceses ha decidido fundar una Sección Francesa de la Internacional en la Argentina. Lleva al pie veintiséis firmas. La correspondencia en-

²⁵ La nota original del *Journal de Debats* tenía un párrafo final que fue suprimido en *La Nación*, pero que nos da la tónica de todo el discurso: “Karl Marx es un hombre de buena presencia, realizada por una larga cabellera blanca y una barba del mismo color. Usa anteojos, y el que mire su aspecto distinguido no adivinará en este hombre al célebre agitador universal. Esos individuos que hacen revoluciones desde sus gabinetes, son los más peligrosos y los más indisculpables también. Mientras los gobiernos no los declaren fuera de la ley, la sociedad, que incesantemente mina, correrá graves peligros”. En: D. de Giorgi, *La Comuna de París en la prensa montevideana de la época*, Montevideo, Biblioteca de Marcha, 1971, pp. 125-126.

²⁶ “Detalles biográficos”, en *LN*, 26-I-1872. La misma nota, con distinta traducción, había sido publicada el 11-XI-1871 por *El Siglo* de Montevideo, aclarando que fue traducida del *Journal de Debats* de París. Véase Diógenes de Giorgi, *op. cit.*, pp. 124-126.

²⁷ La Internacional volvió a las primeras planas de la prensa argentina en 1875, cuando la policía detuvo a los miembros de la sección local de la Internacional, acusados de participar en el incendio del Colegio del Salvador. Véanse entre otros, Hilda Sábato, *La política en las calles*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, cap. 9; y “Sección francesa de Buenos Aires de la AIT: documentos para su historia”, en *Estudios del trabajo*, No. 14, 1999.

tre Londres y Buenos Aires se hace regular, mientras la asociación crece súbitamente a lo largo del año: en abril cuenta con 89 miembros y en julio con 273, divididos ahora en tres secciones idiomáticas (francesa, italiana y española), coordinadas por un Consejo Federal. Marx se entusiasma, y escribe a su amigo Sorge: “Tenemos ahora relaciones con América del Sur” (27-v-1872).²⁸

Por las cartas que envía a Marx el belga Raymond Wilmart desde Buenos Aires, adonde lo ha enviado el Consejo General para fortalecer el trabajo de la sección argentina, sabemos que este emisario de Marx fue portador de folletos de la AIT y de libros de Marx. El 13 de mayo de 1873 Wilmart acusa recibo en una carta a Marx de un envío de su amigo y reclama una remesa de folletos –*La guerra civil en Francia* y el *Manifiesto Comunista*, entre otros–. Es la primera referencia precisa que tenemos de la circulación de textos de Marx en el medio local. Queda claro que aquí, como en Europa, “La difusión de las ideas de Marx se realiza, en los años ‘60 y ‘70 del siglo XIX, sobre todo a través de los documentos fundamentales de la AIT redactados por él, en primer lugar el Manifiesto Inaugural, y posteriormente las resoluciones de los congresos, y finalmente los Mensajes del Consejo General, entre los cuales los más importantes y difundidos son los que tratan la ‘guerra civil’ en Francia. Esta ‘propaganda educativa’ observa Mehring, expresa y resume el marxismo de la Primera Internacional” (Haupt, *op. cit.*, p. 214).

Pero tan sólo dos semanas después, en una nueva carta a Marx (27 de mayo de 1873), predomina el desaliento: el periódico se de-

mora en salir, entre los asociados prevalece el espíritu mutualista y las secciones, en lugar de bregar por la formación política, la propaganda y la acción, se entretienen en actividades sociales: “Ayer se ocupaban del crédito mutual, hoy de la educación mutual. Vienen de cursos de dibujo, de aritmética y de lenguas...”. Wilmart termina de comprender que, por fuera de algunos exiliados franceses o españoles que llegan a estas tierras con una relativa conciencia política, no hay, en la Argentina de 1873 sujeto social para el internacionalismo socialista. “Comienzo a creer [...] que no hay nada que hacer con los elementos de aquí. Hay demasiadas posibilidades de hacerse pequeño patrón y de explotar a los obreros recién desembarcados como para que se piense en actuar de alguna manera”.

Incluso su optimismo de unos días atrás sobre la difusión de la *opera magna* de su amigo Marx se desvanece: “Hasta ahora nadie me ha dicho nada de *El Capital* y yo creo que nadie terminó de leerlo, pues nadie se toma el trabajo de pensar en este país”.²⁹ Seguramente, Wilmart fue portador de fascículos de la traducción francesa del primer tomo de *El Capital*, que acababa de aparecer en París, en forma sucesiva, entre agosto de 1872 y principios de 1873. Por otra parte, es comprensible que *El Capital* no encontrara lectores disponibles entre los *communards* exiliados. Como ha señalado Segall, estos hombres no eran intelectuales ni dirigentes destacados, sino militantes de base, sin mayor formación política. Habrá que esperar la llegada

²⁸ Segall, Marcelo, “En Amérique. Développement du mouvement ouvrier et proscription”, en *International Review of Social History*, No. 17, Amsterdam, 1972; Falcón, Ricardo, *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires, CEAL, 1984; Tarcus, Horacio, “Un heraldo de Marx en la élite criolla: Raymond Wilmart”, en *Zona*, supl. de *Clarín*, 2-IV-00.

²⁹ Originales en el IISG, Amsterdam. Las cartas fueron identificadas en 1972 en el IISG por el historiador chileno Marcelo Segall, el primero en llamar la atención sobre la figura de Wilmart y en señalar la necesidad de una biografía seria del belga. Para Segall, Wilmart encarna la penetración del marxismo en la Argentina, generalmente atribuida a los inmigrantes alemanes de la década del '90, así como el esfuerzo por integrar a los socialistas extranjeros, aislados en grupos nacionales, en la clase obrera argentina.

del alemán Germán Avé Lallemand, lector de *El Capital* en su versión original alemana y difusor de esta obra aquí, y la de Juan B. Justo luego, su traductor al castellano (1898), para abordar la recepción de esta obra en la Argentina. Pero aclaremos que también en Europa la de Marx iba a ser “una lectura compleja”, no sólo para los militantes obreros, sino incluso para muchos dirigentes.³⁰ A partir de la década de 1870 el resumen de *El Capital* del italiano Carlo Cafiero y desde 1883 el del francés Gabriel Deville allanaron en parte el camino de muchos lectores. Ambas obras iban a conocer numerosas ediciones en castellano. Incluso un dirigente socialista como Nicolás Repetto confesaba años después “que no alcancé a leer todo *El Capital*...; me resultaba más comprensible el compendio escrito por Gabriel Deville, el exégeta francés más autorizado del fundador del llamado Socialismo Científico”.³¹

Desaparecida la sección argentina sin dejar demasiadas huellas, el trabajo de difusión de las ideas de Marx recaerá en los años siguientes sobre los exiliados alemanes que se nuclean en el Club Vorwärts y editan un periódico del mismo nombre; algunos de ellos, a principios de la década de 1890, publican el periódico *El Obrero*. Sin embargo, algunos años antes de estas experiencias aparecen en *La Nación* dos documentos por demás significativos.

Con motivo de la muerte de Marx en Londres, el 14 de marzo de 1883, el diario de Mitre publica una detallada biografía intelectual y política que envía el corresponsal desde Pernambuco: “el vapor llegado ayer de Europa a ese puerto trae la noticia de la muerte de

un israelita de alta fama, Karl Marx, fundador de La Internacional, esa terrible asociación socialista que ha tenido suspendida por muchos años sobre Europa su espada de Damocles y cuyos miembros produjeron la Comuna de París y el movimiento cantonal en España, a la vez que todas las huelgas ocurridas en el Viejo Mundo desde 1866 a la fecha”.

A pesar de esta introducción, bajo el título de “Karl Marx. Fundador de la Internacional”, se brinda una información seria y llena de simpatía hacia Marx. Es probable que la nota provenga de un periódico británico, y que esas líneas introductorias hayan sido añadidas por el corresponsal en Pernambuco o por el editor argentino. Pero también es indudable que para 1883 ha crecido en Europa la imagen de “Marx científico” en relación con el “Marx revolucionario” de los años de la Internacional.

La nota comienza con la formación universitaria de Marx, su labor político-periodística al frente de la *Rheinische Zeitung* de Colonia, los *Anales franco-alemanes* en París, el encuentro con Engels y la publicación conjunta de “un panfleto de crítica del idealismo alemán”, *La Sagrada Familia*. Refiere el período de exilio en Bruselas, en que publica *Miseria de la Filosofía*, hasta la elaboración del *Manifiesto Comunista*. “El *Manifiesto* es un documento que un Congreso obrero reunido en Londres en 1847 había aprobado. Desde la época de su redacción y más acentuadamente desde su publicación, data el giro definitivo de las ideas políticas y económicas de Marx. Es el verdadero padre del comunismo contemporáneo, que se ha llamado *lasalismo* [sic]. Rechazando a la vez las teorías de Saint-Simon, Fourier, Cabet, Luis Blanc, Proudhon, etc., pretendía Marx fundar una ‘escuela científica’ para arreglar el mundo y la sociedad enteramente de acuerdo con la ciencia, haciendo caso omiso del pasado y atendiendo sólo a un colosal experimentalismo sociológico. La sociedad, según él, debe

³⁰ Andreucci, Franco, “La difusión y la vulgarización del marxismo”, en Hobsbawm, *op. cit.*, vol. 3, pp. 67 y ss.

³¹ Repetto, Nicolás, *Mi paso por la política*, Buenos Aires, Rueda, 1956, vol. 1, pp. 34-35.

rehacerse según los dictados de la medicina, antropología, demografía, etc.”.

El informe prosigue con las actividades de Marx en las revoluciones de 1848, la experiencia de “la *Nueva Gaceta Rhiniana*, en que se hizo notar por la audacia singular de sus ideas revolucionarias” y su exilio definitivo en Londres. Destaca, desde luego, su labor al frente de la Internacional. De sus obras, cita además *El 18 Brumario de Luis Bonaparte, Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia, Observaciones críticas [sic] sobre la Economía Política y El Señor Vogt*. Agrega luego: “La última y principal obra de Marx es *El Capital. Crítica de la Economía Política* (Hamburgo, 1869 [sic: 1867]), donde expone metódicamente sus teorías sociales y económicas”. Y concluye con este retrato: “De 1873 acá había sonado muy poco y su nombre iba cayendo casi en el olvido, a pesar de las temibles facultades de revolucionario y los talentos portentosos de conspirador de que estaba dotado. Era un filósofo y un pensador, y a la vez un hombre afable, atrayente y simpático en su trato, con cierto prestigio de la palabra que su mirada dominante y brillante aumentaba. Conocía todas las lenguas europeas, las hablaba con singular habilidad y no retrocedía ante ningún estudio, por árido que fuese, desplegando en todos un talento maravilloso”.³²

Apenas un mes después, otro corresponsal relata a los lectores de *La Nación*, desde Estados Unidos, un homenaje tributado a Marx en aquel país por una asamblea obrera: “Ved esta gran sala. Karl Marx ha muerto. Como se puso del lado de los débiles, merece honor... Ved esta sala, la preside, rodeado de hojas verdes, el retrato de aquel reformador ardiente, reunidor de hombres de diversos pueblos, y organizador incansable y pujante.

La Internacional fue su obra: vienen a honrarlo hombres de todas las naciones...”

“Karl Marx estudió los modos de enseñar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos. Pero anduvo de prisa, y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen viables, ni de seno de pueblos en la Historia, ni de seno de mujer en el hogar. Aquí están los buenos amigos de Karl Marx, que no fue sólo un movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer el bien”. El corresponsal es un cubano que vive entonces exiliado en Nueva York y se llama José Martí.³³

Según Fornet-Betancourt, estamos ante “el primer texto histórico-filosófico relevante sobre el marxismo en América Latina”.³⁴ Hay, no obstante el homenaje, algunas reservas que se trasuntan cuando Martí menta a Marx como aquel que “anduvo de prisa, y un tanto en la sombra”: un Marx que no rehuye la acción conspirativa o la violencia revolucionaria. Incluso el final del texto es en este sentido significativo, pues luego de trazar el perfil de los oradores humildes que tributan su homenaje a Marx, Martí concluye: “suenan músicas, suenan cantos; pero se nota que no son los de la paz”. Que las reservas de Martí en relación con la teoría social de Marx se refieren a la lucha de clases está sin duda ligado con su posición filosófica fuertemente influida por el “krausismo religiosamente interpretado. Partiendo de esta posición, que Martí afirmó principalmente durante sus años de estudio en España, se apoya en la posibilidad del amor reconciliador y juzga la lucha de clases como un camino de dureza y de odio, fatal para el

³² “Karl Marx. Fundador de La Internacional”, en *LN*, 8-IV-1883.

³³ “Cartas de Martí. Honores a Karl Marx, que ha muerto”, en *LN*, 13-V-1883.

³⁴ Fornet-Betancourt, Raúl, *O marxismo na América Latina*, São Leopoldo, Unisinos, 1995, p 14.

desarrollo de las jóvenes repúblicas de América Latina. Él rechaza estrictamente el camino de la lucha de clases” (*ibid.*, p. 26).

Paradójico reproche a Marx por parte de quien iba a morir combatiendo, arma en mano, doce años después. Como recordó hace años Luis Franco, Martí iba a asistir, tres años más tarde, “a uno de los más vomitables asesinatos legales de cualquier época y país: el de los siete obreros anarquistas de Chicago”. Martí escribió sobre los “mártires de Chicago”, devenidos desde entonces un símbolo internacional de la lucha por la jornada de ocho horas de trabajo, “una de las páginas más encendidas de indignación justiciera y de belleza que se conozca”. Pero, agrega Franco, “dejó en el tintero la clave del problema. En

efecto, nunca exento del todo de sosería evangelista, condenó en ellos y en Marx la violencia revolucionaria, es decir, justa [...], olvidando, honrada, pero trágicamente, que era la misma violencia que él se preparaba a usar contra la opresión en Cuba”.³⁵

³⁵ Franco, Luis, *Sarmiento y Martí*, Buenos Aires, 1958, p. 455. Martí sólo iba a aceptar la violencia *in extremis*, cuando se hubiesen agotado los recursos pacíficos en la lucha por la emancipación. Y escribió, justificándose ante los demás y ante sí mismo: “Ésta no es la revolución de la cólera. Es la revolución de la reflexión”. Véase al respecto Martínez Estrada, Ezequiel, *Martí: el héroe y su acción revolucionaria*, México, Siglo XXI, 1966, pp. 18 y ss.